

DIOS CUIDA DE JOHANNES BRENZ

Por INES BRASIER

ESTA historia ocurrió hace más de cuatrocientos años, durante la Reforma, en una época cuando hombres, mujeres y niños eran héroes de Dios. Johannes Brenz era un predicador protestante y sabía muy bien que el emperador deseaba encarcelarlo. Cuando preparaba sus sermones se mantenía muy alerta, escuchando, porque sabía que si de repente se hacía silencio en las calles, eso significaba probablemente que los soldados venían. En ese momento se quedó escuchando. Los vendedores callejeros ofrecían sus mercancías, y los conductores de carruajes gritaban como de costumbre azuzando a los animales de tiro.



-Por el momento todo anda bien -se dijo-. Pero si los soldados me encuentran... Inclinando entonces la cabeza, oró: "Padre celestial, protégenos".

En eso sonaron unos golpes a la puerta. Johannes Brenz volvió a orar y fue a atender. Un mensajero del duque Ulric le entregó un mensaje. Johannes rompió el sello y sonrió. El duque lo invitaba a ser huésped en su palacio. "Gracias, Padre mío", agradeció Johannes musitando una oración.

Johannes Brenz y sus hijos se las arreglaron de alguna forma para abandonar Wurtemberg sin que el emperador se enterara de ello, y pronto llegaron al palacio del duque de Ulric, en Stuttgart.

-Conmigo estarás a cubierto de la persecución -le aseguró el duque-. Puedes estudiar, escribir y preparar tus sermones. Aquí no podrá molestarte ningún enemigo de tu fe.

Pero cierto día llegó un mensajero del emperador y dijo:

-El emperador sabe que Johannes Brenz está viviendo contigo. He recibido orden de llevarlo de vuelta, vivo o muerto.

-No lo encontrarás aquí -le dijo el duque Ulric al oficial. Y podía decirlo honradamente, porque unos días antes alguien avisó que el emperador enviaba soldados, por lo que Johannes había huido. Estaba escondido en algún lugar, pero nadie sabía dónde. Antes de que Johannes partiera, el duque Ulric le había dicho:

-Dios te libraré, estoy seguro de ello.

-Ya he mandado a mis hijos a casa de unos amigos -le había confiado Johannes. Entonces, cuando el duque abandonó la habitación, Johannes se había arrodillado y había orado: "Padre celestial, muéstrame lo que debo hacer. Indícame dónde debo ir. Muéstrame dónde debo quedar. Confío en que tú me guiarás".

Mientras oraba, oyó una voz que le decía: "Ve a la sección alta de la ciudad y encontrarás una puerta abierta. Entra por ella y escóndete debajo de ese techo. Lleva un pan contigo".

Johannes salió del palacio y se dirigió a la parte alta de la ciudad llamada Birkenwald. Recorrió una calle y cruzó otra. Pasó casa por casa, pero no encontró ninguna puerta abierta.

"El ángel me dijo que sólo encontraría una puerta abierta y yo lo creo. ¡Ah, aquí hay una!"

Cualquiera que lo hubiera visto cuando entró por esa puerta abierta, con el paquete debajo del brazo, habría pensado que estaba haciendo unos mandados para el duque. Ascendió por la angosta escalera

que conducía al desván y abrió la puerta de par en par.

En ese altillo se guardaba una gran pila de leña. Johannes descubrió que entre la pila y la pared quedaba un pequeño espacio, donde se escondió, quedándose muy quieto para poder escuchar los ruidos de la calle.

Y allí se quedó, quieto, escuchando los ruidos que provenían de la calle. A la mañana siguiente los soldados del emperador llegaron a Stuttgart. Algunos se quedaron vigilando las puertas de la ciudad, otros montaron guardia a las puertas del palacio del duque de Ulric, mientras otros registraban la ciudad casa por casa. Johannes los oyó llegar al edificio donde él se hallaba escondido. Los escuchó gritar mientras lo buscaban por las habitaciones. Oró mientras abrían la puerta del desván de un empujón. Oró también mientras registraban la pila de leña metiendo en ella la punta de sus lanzas.

"¡El protestante no está aquí! -gritó uno de los soldados-. ¡No está en Stuttgart! ¡Es una búsqueda inútil!"

Entonces se oyeron las pisadas de los soldados que descendían por la escalera y llegaban a la calle.

Cerca del escondrijo de Johannes se escuchó un ruidito. ¡Era una gallina! Esta se revolvió varias veces para formar un nido con las maderitas del picadero. Luego puso un huevo y se fue, escurriéndose por un agujero que había quedado en la pila de leña.

"¡Alabado sea Dios! ¡Ahora tengo un huevo para comer con el pan!" Exclamó Johannes reverentemente.

Desde entonces, cada día escuchó el ruidito característico que hacía la gallina al meterse en la pila por el estrecho agujero. Y cada día ponía ésta un huevo en el nido. Pero al décimo quinto día no volvió.

"Ahora estoy seguro de que los soldados se han ido de Stuttgart. No debe haber peligro de que salga de mi escondrijo".

Johannes salió como pudo de detrás de la pila de leña y se arrodilló a orar. "Padre celestial, te doy gracias por haberme ocultado con seguridad, y por haberme enviado alimento todos los días -fueron sus palabras de gratitud.